

Mi caminar con Ignacio Ellacuría¹

Jon Sobrino²

Palabras clave:

Ignacio Ellacuría, monseñor Romero, Dios, fe, pandemia.

Resumen

En este trabajo, Jon Sobrino comparte acerca de su vida, sus experiencias con Ignacio Ellacuría y lo impactante de su fe como legado para la presente y las futuras generaciones. La fe de Ellacuría, a juicio de Sobrino, se vio iluminada por la aparición de monseñor Romero en la turbulenta época de dictadura militar y guerra civil, por lo que es posible hablar de un proceso de conversión que partió de los estudios de teología en Innsbruck y culminó con el asesinato del P. Rutilio Grande y el encuentro, ministerio y asesinato de monseñor Romero. La fe, desde estas reflexiones, no es una realidad acabada ni una experiencia que se pueda dar por sentada, sino un esfuerzo que configura el talante y la radicalidad de la persona, para los casos que presenta este escrito, de la humanidad de Ignacio Ellacuría, monseñor Romero y del propio Jon Sobrino, y el misterio del avizoramiento del Dios liberador en medio de la oscuridad de nuestros días. Finalmente, Sobrino presenta una posible perspectiva ellacuriana para el contexto actual de la pandemia y cómo, desde el encuentro y el escrutinio de la realidad, todavía es posible abrir las puertas a la historia de la salvación desde los oprimidos.

Introducción

Mi buen amigo Héctor Samour el año pasado me pidió participar en el Coloquio Internacional Conmemorativo de los 30 Años del Asesinato de Ignacio Ellacuría. Mi primera

-
- 1 Este escrito procura mejorar en algunos detalles el texto que grabé con anterioridad para ser presentado el 25 de noviembre de 2020 en el segundo día de las Jornadas Ignacio Ellacuría.
 - 2 Profesor emérito de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

respuesta fue que ya había hablado y escrito suficientemente sobre Ellacuría y que no tenía nada nuevo que decir, sobre todo en un coloquio organizado por dos instituciones que se dedican a tareas específicas. Una, a la filosofía; otra, al análisis de la realidad política y social. Mi amigo Héctor insistió y acepté. Después, al recibir la invitación oficial, caí en la cuenta de que el encuentro pretendía más en concreto “poner al día y evaluar” la vigencia “del pensamiento” de Ellacuría. Me pareció importante y oportuno, pero pensé, y sigo pensando, que no estoy bien preparado para poner al día y evaluar “el pensamiento” de Ellacuría.

En la presentación que hago ahora, recordaré lo más importante de lo que dije hace un año. Me volveré a concentrar en el ser humano Ignacio Ellacuría Beascochea tal como lo conocí, con quien conviví, trabajé, gocé y padecí 15 años, en comunidad con otros jesuitas, cinco de ellos asesinados con él. Y abordaré más específicamente “el asunto Dios”, tema que siempre me ha impactado a mí y pienso que también a Ellacuría en sus últimos 20 o 30 años.

Dada la realidad actual, al final me preguntaré qué diría hoy Ellacuría sobre “la pandemia”, qué hacer en ella y con ella. No tengo una respuesta clara, pero procuraré no caer en comentarios triviales que serían impropios en Ellacuría.

Para organizar un poco este texto, explicaré por orden cada uno de los términos del título. Y lo que pretendo en definitiva es que “mi caminar con Ellacuría”, modesto, pueda ayudar a que otros y otras caminen con él y como él.

I

“Mi” caminar

Comienzo con unas palabras sobre mi persona, lo que haré en forma de pequeña digresión.

Hace unos 10 años, la editorial PPS Madrid tuvo la idea de publicar una serie de

libros de autores de lengua española, bien conocidos y de edad avanzada. Les pedía que explicaran cómo han hecho teología y como ayuda les ofrecía que un teólogo o una teóloga fueran haciéndoles preguntas. El título de los libros sería *Conversaciones con [...] a cargo de [...]*. En 2014, apareció el primer libro: *Conversaciones con José Ignacio González Faus a cargo de Javier Vitoria*. Tenía 248 páginas.

Por esas fechas, me pidieron escribir para esa colección de libros, y me asignaron a Charo Mármol, buena conocedora del mundo de la teología, para que me hiciera las preguntas. Me reuní con ella en Madrid y comenzamos a trabajar. De regreso en El Salvador, por la distancia y con serias dificultades de salud, no me fue fácil avanzar en mi texto. Pero con el esfuerzo de ambos —lo digo en honor de Charo Mármol— en julio de 2018 salió el libro *Conversaciones con Jon Sobrino a cargo de Charo Mármol*, de 454 páginas. Dos años después, en agosto de 2020, salió la edición de UCA Editores, San Salvador.

De lo que cuento en esas *Conversaciones*, me concentraré en el “asunto Dios”, central en el libro y en mi vida. En 1960, con 21 años, fui a estudiar filosofía e ingeniería a la universidad de los jesuitas de Saint Louis, Missouri. Yo era bueno para las matemáticas, pero la ingeniería no me atraía en absoluto. Sí me impactó hondamente la filosofía. Y lo primero que ocurrió es que me sentí solo al pensar las realidades más importantes de mi vida. Y empecé a dudar. Ya no encontraba apoyo en autoridades anteriores —familia, colegio, Iglesia, Compañía de Jesús— para encontrar respuesta a mis preguntas. Y la pregunta fundamental fue “la existencia o no existencia de Dios”. Pronto me enteré de que alguno de los presocráticos afirmaba que el ser humano configura, o puede configurar, la imagen que tenemos de Dios. Ello me llevó a pensar si no será que nosotros producimos la imagen de Dios [rubio para los etruscos, negro para los etíopes], si nosotros creamos a Dios. El “asunto Dios”, tal como he dado en

llamarlo, me acompañó dolorosamente hasta que en 1974 regresé a El Salvador.

Allí ocurrieron tres novedades. A las dos primeras, las he llamado “irrupción”, es decir, el hacerse presente inesperadamente una realidad. Irrumpieron “los pobres”, cuya realidad fui comprendiendo como “los que no dan la vida por supuesto, ni la salud, ni la alimentación, ni la educación, ni el descanso...”. E irrumpieron “los mártires, los que no simplemente mueren, sino que son matados, y antes difamados, perseguidos...”. Y junto con estas dos irrupciones ocurrió una tercera novedad: “el asomo de Dios”. No hablo aquí de irrupción, pues “Dios” no se hizo presente con la contundencia de “pobres” y “mártires”. Por eso digo que “se asomó”. En 1989, Ellacuría escribiría algo parecido: “se avizora a Dios”.

II

El “caminar”

Dudé de cómo terminar mis *Conversaciones* y acabé escribiendo un largo epílogo. Pensé que “caminar” era la mejor expresión de lo que había sido mi vida y de lo que podría ser en lo que me quedase de ella. Al hablar ahora de mi “caminar”, no me vienen a la mente las palabras de Antonio Machado, “existenciales y creadoras donde las haya”, y confieso que me encanta cómo canta ese caminar Joan Manuel Serrat.

Caminante son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante no hay camino,
se hace camino al andar.

Lo que me viene a la mente son las palabras de Pedro Casaldáliga.

Camino que uno es,
que uno hace al andar.
Para que otros caminantes
puedan el camino hallar.
Para que los atascados

se puedan reanimar.

Para que los muertos
no dejen de estar.

Don Pedro comparte con Machado que el caminante “se enfrenta —él solo”, sin un camino programado— con el caminar. Pero, a diferencia de Machado, insiste en “lo que debe pretender el caminante”. Lo he llamado un caminar “jesuánico”. Deseé que ojalá hubiese sido así mi vida. Y pensé que ese caminar le cuadraba bien a Ellacuría.

Que otros caminantes puedan
el camino hallar.

Que los atascados se puedan reanimar.

Que los muertos no dejen de estar.

III

“Con” Ignacio Ellacuría Beascoechea

Ellacuría me impactó ante todo como un “ser humano: Ignacio Ellacuría Beascoechea”. Y procuro evitar que “Ellacuría” se convierta en “sonsonete poderoso y solemne”, por comprensible que esto sea. En el próximo apartado, hablaré de las cosas suyas que más me impactaron. Ahora, sin embargo, voy a mencionar algo que para mí fue muy importante. “Con ese ser humano entablé relaciones humanas importantes y cordiales, y en ámbitos de la realidad que no parecieran ser muy propicios para ello”. Me voy a explicar.

Del Ellacuría pensante y científico aprendí muchas cosas, y a través de él —como por ósmosis— también creo que aprendí algunas cosas de Zubiri. Lo que quiero añadir es que él también aprendió y aprovechó algunas cosas que yo pensaba. Y eso lo entendí como “relación humana, cordial”, sin que desapareciera la asimetría entre sus saberes y los míos, más profundos los suyos que los míos. Dos ejemplos.

De la teología que yo traía de Alemania, le llamó la atención “el reino de Dios”. Para él era una novedad mayor y me vino a

preguntar sobre ello. El presupuesto era que sobre ese tema yo sabía más que él. Cuál fue el impacto del “reino de Dios” en Ellacuría se puede colegir de lo que dijo en Córdoba, España, en 1987, en un encuentro de teólogos.³ “Lo mismo que Jesús vino a anunciar y realizar, esto es, el reino de Dios, es lo que debe constituirse en el objeto unificador de toda teología cristiana, así como de la moral y de la pastoral cristiana: la mayor realización posible del reino de Dios en la historia es lo que deben perseguir los verdaderos seguidores de Jesús”. Y añadió que “entre los teólogos de la liberación” este servidor es “quien más ha insistido cristológica y teológicamente sobre este punto” (*RLT*, 10, 1087, 8-9).

Y también reaccionó con sorpresa y aprobación ante mi audacia —digamos— de añadir a su estupenda tríada de “hacerse cargo de la realidad”, “encargarse de la realidad” y “cargar con la realidad”, una cuarta cosa: “dejarse cargar por la realidad”. Saqué el tema en la defensa de una tesis sobre Zubiri en la que él era el presidente del tribunal y yo un miembro, tal como él me pidió. Le pregunté al estudiante candidato “qué decía Zubiri sobre la gracia”. Ellacuría se volvió a mirarme con un cierto aire de sorpresa. Yo pensé que mi pregunta tenía sentido y le pareció provechosa. Y que lo que es gracia bien puede formularse en lenguaje de lo humano como un “dejarse cargar por la realidad”.

Ellacuría era superior a este servidor en ciencia y en conocimientos; me queda muy claro. Pero también en estos ámbitos lo vi ante todo como ser “humano”, capaz de relacionarse humanamente.

Muchas veces me han pedido participar en encuentros sobre Ellacuría y, si mal no recuerdo, siempre he aceptado. Y por tener delante al Ellacuría ser humano creo que siempre me he fijado en cosas de Ellacuría

que no suelen ser lo normal en esos encuentros, lo cual obviamente no quiere decir que mis reflexiones sean mejores ni más útiles que lo que exponen otros, pero pienso que son necesarias. Por ejemplo, en 1999, en un libro que recogía artículos importantes sobre la persona de Ellacuría, me pidieron escribir el prólogo y me vino a la mente un tema que no era tratado en los artículos: “la fe de Ellacuría”. Al escribir el prólogo, lo completé: “Monseñor Romero y la fe de Ignacio Ellacuría”⁴.

En 2010, escribí un artículo que titulé “El Ellacuría olvidado”. Lo que no se puede dilapidar.⁵ Y mencioné tres cosas de Ellacuría que pienso que no rara vez se solían olvidar: 1. El pueblo crucificado es siempre “el” signo de los tiempos. 2. La salvación que viene de abajo, en especial la “civilización de la pobreza”. 3. “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Al hablar de olvidos, mi intención no era en absoluto molestar a nadie, aunque no sé si siempre lo conseguí. Recuerdo una vez que al analizar cómo “se puede diagnosticar la enfermedad de la realidad”, citando a Ellacuría, usé el término “coproanálisis, examen de heces”. Y después de la conferencia oí que alguien comentaba —sin maldad y con gracejo, pero con sorpresa—: “Total, nos hemos enterado de que Ellacuría habló de coproanálisis”.

IV

Lo que más me impactó de Ellacuría

Del Ellacuría ser humano me impactó el Ellacuría “jesuita, discípulo de san Ignacio, seguidor de Jesús”. Vivió largos años a vueltas con Dios. Y en los últimos años pienso que pasó por un proceso de conversión.

Lo humano de Ellacuría lo vi en su pensar e inteligir, en su lucha por la justicia y los derechos humanos, y más específicamente

3 Este escrito se titula “Aporte de la teología de la liberación a las religiones abrahámicas en la superación del individualismo y del positivismo”, publicado en *Revista Latinoamericana de Teología*, 10, 1987, 3-28.

4 En *Ignacio Ellacuría. Aquella libertad esclarecida*. UCA Editores, 1999, 11-26.

5 En *Revista Latinoamericana de Teología*, 79, 2010, 69-96.

en su “defensa” de los oprimidos en contra de sus opresores, no solo en su “ayuda”. Por cierto, así habla Puebla de la opción de Dios por los pobres: “Dios busca su defensa y los ama”.

Tuve con él una buena amistad. Con cierta frecuencia hablamos de cosas de teología y alguna vez de filosofía —en ocasiones paseando por Madrid— y también de cosas personales. Algunas veces me corrigió con sensatez y acierto, y a veces aprobaba lo que yo hacía, incluso con alguna alabanza. Alguna vez yo le llamé la atención y lo aceptó con sencillez

A continuación voy a decir “tres cosas” que me impactaron mucho de Ellacuría.

1. Ellacuría cambió y se convirtió

Voy a distinguir tres momentos de un proceso que no fue lineal.

a) **En una primera época, hubo un cambio importante en su temperamento.** A él mismo le oí contar —una vez pasada esa primera época— que de estudiante jesuita tuvo discusiones fuertes con sus superiores, con el rector del teologado de Innsbruck a comienzos de los sesenta. Cuando ya en Madrid estuvo con Zubiri preparando el doctorado en filosofía, al ver los revuelos que causaba Ellacuría entre los estudiantes de la Universidad de Comillas, un jesuita en autoridad le dijo: “¿No ha pensado usted en dejar la Compañía?”. Ellacuría le contestó: “Yo no. ¿Y usted?”. Podía ser adusto sin contemplaciones. Y, a veces, podía ser tan firme en sus convicciones y decisiones que se mostraba duro y prepotente.

Por otra parte, Ellacuría también podía ser buen amigo y aun cariñoso. Era dado a defender a los jesuitas cuando eran atacados por poderosos de derecha o cuando eran incomprendidos dentro de la Compañía por defender causas justas, lo que generaba albo-

rotos al interior de las comunidades. Por otra parte, pienso que evitó ser injusto con nadie y que no deseaba mal a nadie. Con los años, aunque no puedo poner fechas, en buena medida se fueron limando los excesos y las aristas, sobre todo su dureza y prepotencia.

A continuación, al hablar ahora de “conversión” me refiero al cambio que se fue operando en él “en los años que vivió y trabajó en El Salvador entre finales de los sesenta y finales de los ochenta”. Para ser más preciso, diría que cambió en dos momentos que configuraron otras dos épocas, siendo la segunda de mayor profundidad personal. Y quiero insistir en que no fue solo un cambio de temperamento.

b) **De 1968 a 1977**, Ellacuría como ser humano, jesuita y cristiano, hizo una opción por los pobres, una opción radical por la justicia, y llevó a cabo una lucha contra la injusticia que empobrecía a las mayorías. Sobre lo que ocurría en El Salvador, defendió la validez de la huelga de maestros de 1971 sobre la que la UCA publicó un libro poco después, y el gobierno le retiró el modesto subsidio que había asignado a la UCA. Denunció el fraude electoral de 1972, sobre lo que, junto con otros, publicó el libro *El año político*⁶. En 1976 defendió las promesas de reforma agraria, por pequeñas y aun falaces que fueran, de parte del gobierno del presidente Molina. Y cuando este se echó para atrás, Ellacuría escribió su conocido editorial “A sus órdenes, mi capital”⁷. En todo ello estaba muy presente el Ellacuría pensador, filósofo y teólogo.

A nivel de su vida interior, son muestra de “conversión” en aquellos años los ejercicios de san Ignacio que impartió en 1969, abiertos a todos los jesuitas de la provincia, y los de 1971 a los jesuitas jóvenes recién llegados de sus estudios.

c) **En 1977, con el asesinato de Rutilio Grande, el cambio de Ellacuría llegó a ser muy radical.** Sobre todo, desde

6 Ellacuría, I. et. al. *El Salvador: año político 1971-1972*. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1973.

7 *ECA*, 337, 1976, 637-643.

ese momento, me gusta usar el término “conversión” al hablar de Ellacuría, como lo hice al hablar de monseñor Romero. En esos años, Ellacuría mostró veneración por monseñor Romero. Con Monseñor profundizó y radicalizó su opción por el pueblo y por la justicia, y su disposición a que le diesen muerte en el empeño. Con monseñor quiso acercarse al misterioso Dios.

2. Ellacuría puso a monseñor Romero en estrecha relación con Dios

Ellacuría escribió una vez: “difícil hablar de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar del pueblo”⁸. Y así lo hizo. Siguiendo la lógica de esa formulación, afirmamos ahora que para Ellacuría fue “difícil hablar de Monseñor Romero sin verse forzado a hablar de Dios”.

He encontrado tres textos en los que Ellacuría relaciona a monseñor Romero explícitamente con la realidad de Dios. Cuando los leí, me llamó la atención que Ellacuría menciona simplemente a “Dios” de forma distinta a como lo hacía normalmente. Para decirlo de manera gráfica, en esos textos habló de Dios “a secas”.

“El primer texto” es de los inicios del ministerio arzobispal de monseñor Romero. Está en la carta de Ellacuría a monseñor el 9 de abril de 1977⁹. “El segundo” está en un artículo que le pidió la revista *Razón y Fe* pocos meses después de su asesinato¹⁰. “El tercero”, y más radical, son las palabras que pronunció en la homilía de la misa del funeral de monseñor en la UCA. En estos textos, Ellacuría relaciona a monseñor Romero con “Dios a secas”, pero justifica ampliamente relacionar a monseñor Romero con “Dios”, mencionando una serie de realidades llevadas a cabo por monseñor, cada una de las cuales es expresión de “lo cristiano” —expresión

esta que le gustaba usar a Ellacuría— de monseñor.

A veces abreviaré y a veces me alargaré para llegar más al fondo del ser humano y cristiano Ignacio Ellacuría. [A continuación recojo en lo sustancial lo que dije ante un grupo de estudiosos del pensamiento de Ellacuría cuando se reunieron en San Salvador el 12 de agosto de 2013, y lo que escribí en mi libro *Conversaciones con Jon Sobrino*, ya mencionado]. Veamos los tres textos.

“He visto en la acción de usted el dedo de Dios”

“Desde este lejano exilio quiero mostrarle mi admiración y respeto”; así comienza la carta que escribió a monseñor Romero el 9 de abril de 1977 desde su exilio en Madrid. Y menciona tres aspectos que ha captado en la actuación de monseñor en los que aparece “lo cristiano”.

“El primer aspecto que me ha impresionado es el de su espíritu evangélico [...]. Esto me hace ver un segundo aspecto: el de un claro discernimiento cristiano [...]. El tercer aspecto lo veo como una conclusión de los anteriores y como su comprobación. En esta ocasión y apoyado en el martirio del padre Grande, usted ha hecho Iglesia y ha hecho unidad en la Iglesia. Bien sabe usted lo difícil que es hacer esas dos cosas hoy en San Salvador. Pero la misa en la catedral y la participación casi total y unánime de todo el presbiterio, de los religiosos y de tanto pueblo de Dios muestran que en esa ocasión se ha logrado. No ha podido entrar usted con mejor pie a hacer Iglesia y a hacer unidad en la Iglesia dentro de la arquidiócesis. No se le escapará que esto era difícil. Y usted lo ha logrado. Y lo ha logrado no por los caminos del halago o del disimulo, sino por el camino del Evangelio: siendo fiel a él y siendo valiente

8 “El verdadero pueblo de Dios según Monseñor Romero”, *ECA*, 392, 1981, 530.

9 Publicada en *Carta a las Iglesias*, 640, 2013, 12-13.

10 “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvador a su pueblo”, también en *Sal Terrae*, 81, 1980, 825-832; en *Diakonía*, 17, 1981, 2-8 y en *Revista Latinoamericana de Teología*, 19, 1990, 5-10. Compilado en *Escritos teológicos* (t. 3). UCA Editores, 2001, 93-100.

con él. Pienso que mientras usted siga en esta línea y tenga como primer criterio el espíritu de Cristo martirialmente vivido, lo mejor de la Iglesia en San Salvador estará con usted y se le separarán quienes se le tienen que separar. En la hora de la prueba se puede ver quiénes son fieles hijos de la Iglesia, continuadora de la vida y de la misión de Jesús, y quiénes son los que se quieren servir de ella. Me parece que en esto tenemos un ejemplo en la vida última del padre Grande, alejada de los extremismos de la izquierda, pero mucho más alejada de la opresión y de los halagos de la riqueza injusta, que dice san Lucas”.

A Ellacuría esto le llevó a decir que en monseñor ha visto “el dedo de Dios”. Desconozco por qué usó estas últimas palabras, pudiendo usar otras. Lo que me impacta es que monseñor Romero hizo que Ellacuría “se viese movido y aún forzado a hablar de Dios”.

“Monseñor Romero fue un enviado de Dios para salvar a su pueblo”

En ese artículo Ellacuría insiste en tres cosas. Una es el “martirio de monseñor Romero”. La segunda es que monseñor “Romero fue y trajo salvación”. La tercera es que “monseñor Romero ha sido gracia para el pueblo”.

Ellacuría se detiene en describir el martirio de monseñor Romero. “Un 24 de marzo, caía ante el altar monseñor Romero. Bastó con un tiro al corazón para acabar con su vida mortal. Estaba amenazado hacía meses y nunca buscó la menor protección. Él mismo manejaba su carro y vivía en un indefenso apartamiento adosado a la iglesia donde fue asesinado. Lo mataron los mismos que matan al pueblo, los mismos que en este año de su martirio llevan exterminadas cerca de diez mil personas, la mayor parte de ellas jóvenes, campesinos, obreros y estudiantes, pero también ancianos, mujeres y niños que son sacados de sus ranchos y aparecen poco después torturados, destrozados, muchas

veces irreconocibles. No importa determinar quién fue el que disparó. Fue el mal, fue el pecado, fue el anticristo, pero un mal, un pecado y un anticristo históricos, que se han encarnado en unas estructuras injustas y en unos hombres que han elegido el papel de Caín. Solo tuvo tres años de vida pública como arzobispo de San Salvador. Fueron suficientes para sembrar la palabra de Dios, para hacer presente en su pueblo la figura de Jesús; fueron demasiados para los que no pueden tolerar la luz de la verdad y el fuego del amor”¹¹.

Estas palabras no necesitan comentario. Son Ellacuría puro. Comienza con la pasión, pero a continuación se sigue preguntando qué había hecho en su vida monseñor Romero. Y en formulación concentrada —muy querida para Ellacuría— “lo que hizo monseñor fue traer salvación a su pueblo”. No trajo salvación “como un líder político, ni como un intelectual, ni como un gran orador”, dice Ellacuría. “Se puso a anunciar y realizar el Evangelio en toda su plenitud y con plena encarnación”, puso a producir la fuerza histórica del Evangelio. Comprendió “de una vez por todas —dice Ellacuría con fuerza y criticando la ausencia habitual de lo que dirá a continuación— que la misión de la Iglesia es el anuncio y la realización del Reino de Dios [...] pasan ineludiblemente por el anuncio de la Buena Nueva a los pobres y la liberación de los oprimidos”. Monseñor buscó y trajo “una auténtica salvación del proceso histórico”. Habló a favor del pueblo “para que él mismo construyese críticamente un mundo nuevo, en el cual los valores predominantes fueran la justicia, el amor, la solidaridad y la libertad”¹².

Ellacuría vio en monseñor Romero don y gracia. “Fue un enviado” —dice—, no mero producto de nuestras manos. Se convirtió —no para todos por igual— en el gran “regalo de Dios”, y un regalo muy especial. “Los sabios y prudentes de este mundo, eclesiásticos, civiles y militares, los ricos y poderosos de este mundo decían que hacía política. Pero el

11 *Ibid.*, 93.

12 *Ibid.*, 94-99.

pueblo de Dios, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los pobres con espíritu, sabían que todo eso era falso [...]. Nunca habían sentido a Dios tan cerca, al espíritu tan aparente, al cristianismo tan verdadero, tan lleno de gracia y de verdad”¹³. Todo ello “le ganó el amor del pueblo oprimido y el odio del opresor. Le ganó la persecución, la misma persecución que sufría su pueblo. Así murió y por eso lo mataron”¹⁴.

En lo personal, pocas palabras de Ellacuría o de Rutilio o de monseñor me han impactado más que estas. En monseñor Romero, “nunca habían sentido a Dios tan cerca”. A Ellacuría esto le llevó a decir que monseñor Romero fue “un enviado de Dios”.

“Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”.

El pensamiento de Ellacuría sobre monseñor alcanzó su punto culminante en sus conocidas palabras “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Las pronunció en la homilía en el funeral que tuvimos en la UCA. Ellacuría se expresa con máxima radicalidad lingüística, estableciendo un paralelismo con Jesús de Nazaret con quien “Dios” pasó por Galilea y Judea. En estas palabras hay genialidad de pensamiento, y no conozco pastores ni teólogos, ni filósofos ni políticos, que conceptualicen y formulen realidades con tal radicalidad. Las palabras pueden extrañar y sorprender a creyentes, y el impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría también a no creyentes. Pudieran parecer poco científicas y poco universitarias, y, aunque teologales, quizás no suenen en exceso religiosas y piadosas, y suenen alejadas del lenguaje de Calcedonia. Pero debo confesar que para mí son verdaderas y son fructíferas. Al menos expresan más verdad y producen más fruto que otras que he escuchado sobre monseñor Romero.

Ellacuría vio en la historia de monseñor una ultimidad y una radicalidad que, en ese grado, no encontró en ninguna otra realidad,

¹³ *Ibid.*, 98.

¹⁴ *Ibid.*, 100.

aunque esas realidades fuesen la verdad y la libertad, la democracia y el socialismo, ni, que yo recuerde, en otras personas del pasado, por muy venerables que hubiesen sido. Vio que el paso de Dios en monseñor producía bienes, personales y, novedosamente, bienes sociales difíciles de conseguir, y una vez conseguidos, difíciles de mantener. Producía justicia sin ceder ante la injusticia. Producía defensa y liberación de los oprimidos, y producía compasión y ternura hacia los indefensos. Producía verdad sin componendas, no aprisionada por la mentira, ni por el eterno peligro de ceder a lo políticamente correcto. Mantenía una esperanza que no muere y una llamada permanente a la conversión.

A Ellacuría, monseñor Romero le habló de un Dios de pobres y mártires, ciertamente, liberador, exigente, profético y utópico. En un palabra, le habló de lo que en Dios hay de “más acá”. Pero también le habló de lo que en Dios hay de inefable, no adecuadamente historizable, de lo que en Dios hay de “más allá”, de misterio insondable y bienaventurado. Y a quien el término “Dios” le resulte extraño, piense en estas otras palabras de Ellacuría: “Lo último de la realidad es el bien y no el mal”. Eso es lo que con monseñor Romero pasó por El Salvador.

“Ellacuría fue llevado por la fe de monseñor Romero”

Quiso caminar —pienso que sin decírselo a sí mismo explícitamente— con y como monseñor Romero. Y aunque de estas cosas solo se puede hablar con temor y temblor y solo se puede entrar en ellas de puntillas, pienso que su ilusión fue “creer” como monseñor Romero. Él no era dado a hablar de estas cosas, pero ese deseo es lo que capté y se me impuso, sobre todo después del asesinato de monseñor.

No fue siempre así. Hasta 1977, fueron años de desencuentro entre ambos. Baste una muestra. Por encargo de la Conferencia

Episcopal de El Salvador, en 1974, monseñor Romero escribió una reseña del libro de Ellacuría *Teología política*. La reseña fue crítica. Estaba basada en argumentos teológicos de los años cuarenta, con lógica, pero sin el espíritu de Medellín. En cualquier caso, sí estaba escrita con respeto y educación, lo cual no ocurría siempre cuando criticaban los obispos.

Ellacuría a su vez fue crítico de monseñor, pues, aunque este aceptase teóricamente a Medellín por ser un documento de la jerarquía eclesial, no parecía que se sintiese cómodo con Medellín y menos con las teologías latinoamericanas que lo pusieron a producir. Esto llevó a Romero a mostrar fuerte desconfianza y a expresar fuertes críticas contra el clero, seminaristas, comunidades —también contra la UCA— que buscaban ponerlo en práctica.

Con el asesinato de Rutilio Grande el 12 de marzo de 1977, ocurrió “con claridad” el cambio y la conversión de monseñor Romero. Y yo empecé a percibir también un inicio de conversión en Ignacio Ellacuría. El encuentro entre Romero y Ellacuría se hizo, desde entonces, cada vez más coincidente en la visión histórica de la sociedad salvadoreña, en lo que debía ser el seguimiento de Jesús y la praxis de la Iglesia. Y a la base estaba la comprensión de Dios como Dios de vida en lucha con los ídolos de muerte. En lo personal, pienso que la relación entre ambos llegó a ser muy cercana. En el caso de Ellacuría, a quien conocí más de cerca, su relación con monseñor fue entrañable. Ellacuría llegó a tener veneración por monseñor Romero.

Por decirlo en otras palabras, creo que Ignacio Ellacuría deseaba ser discípulo de monseñor. Cuando tenía 47 años y llevaba trabajando 10 en la UCA, a Ellacuría se le “apareció” —*opthe*—, monseñor Romero. Y uso el término “aparecer”, lenguaje en que se narran las apariciones del resucitado, conscientemente, para expresar, con todas

las analogías del caso, lo que en ello hubo de inesperado, no sé cuánto de destentador, y ciertamente mucho de bienaventurado.

No fue el primer encuentro que tuvo Ellacuría con personas a quienes consideró maestros, mentores o padres en el espíritu: Miguel Elizondo en el noviciado, Aurelio Espinosa Polit en el estudio de las humanidades en Quito, el poeta vasco-nicaragüense Martínez Baigorri. Por lo que toca a la teología, durante cuatro años fue alumno de Rahner en Innsbruck. Y por lo que toca a la filosofía, estudió y trabajó con Zubiri, fue su colaborador intelectual más cercano, y de varias formas inspirador suyo hasta su muerte.

Ellacuría les estuvo agradecido, y les podía reconocer —lo que decía con claridad en el caso de Zubiri— superioridad en el quehacer intelectual. Pero, de algún modo, también podía considerarse “colega” de quienes habían sido sus mentores. Sin embargo, nunca se consideró colega de monseñor Romero. Para Ellacuría, monseñor fue un referente que “iba delante”. Solía decir: “Monseñor ya se nos había adelantado”.

En 1985, reconoció pública, explícita y solemnemente la superioridad de monseñor Romero sobre la UCA. El 22 de marzo, a los cinco años de su martirio, la UCA concedió a monseñor un doctorado póstumo *honoris causa* en teología. En esta ocasión, Ellacuría tuvo un importante discurso sobre monseñor.¹⁵ Quiso contestar a las acusaciones de que la UCA manipulaba a monseñor Romero, y sobre todo quiso confesar públicamente la importancia de monseñor para la UCA y la superioridad de monseñor sobre la UCA.

“Se ha dicho malintencionadamente que monseñor Romero fue manipulado por nuestra universidad. Es hora de decir pública y solemnemente que no fue así. Ciertamente monseñor Romero pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones y esto representa y representará para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió

15 “La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero”, ECA, 437, 1985, 167-176. Compilado en *Escritos teológicos* (t. 3). UCA Editores, 2001, 101-114.

y por la causa para la que nos la pidió [...], pero en todas esas colaboraciones no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco”¹⁶.

Ellacuría confesaba humildemente —a lo que no era muy dado— y agradecidamente —a lo que sí era dado— la deuda de la UCA con monseñor. Y es importante recordar qué fue lo más específico de ese impacto. Ciertamente le impactó, como a muchos otros, su profecía y denuncia, su compasión y esperanza, su cercanía a los pobres y su lucha por la justicia, su disponibilidad a que le arrebatasen la vida, y el mantenerse fiel hasta el final sin dejarse desviar por ningún riesgo ni amenaza. Por lo que toca a esto último, en contra de lo que comentaban algunos amigos de monseñor, Ellacuría aprobaba los riesgos que este asumía, e insistía: “Monseñor debe aceptar correr esos riesgos. Es lo que debe hacer”.

Pero pienso que el impacto más novedoso, y el más poderoso, se lo produjo la fe de monseñor Romero. La fe de monseñor Romero suponía para Ellacuría alguna forma de discontinuidad mayor. Pienso que Ellacuría sintió que en monseñor Romero había algo diferente, superior, no solo cuantitativa, sino cualitativamente. A él no le empequeñecía, pero le ayudaba a saberse y ubicarse mejor como ser humano.

Lo que acabamos de decir lo podemos reformular, con sencillez y algo de audacia, diciendo que Ellacuría fue “discípulo de monseñor Romero en la fe”. Dando un paso más, “Ellacuría fue llevado en la fe y por la fe de Monseñor”.

Lo he dicho muchas veces. En 1969, en una reunión en Madrid, le oí decir: “Rahner lleva con elegancia sus dudas de fe”, con lo cual venía a decir —esa fue mi convicción— que tampoco para él la fe era algo obvio. Sus palabras no me sorprendieron, pues aquellos eran años recios para la fe, la mía propia y la de otros compañeros e incluso profesores.

Como muchos otros en aquellos años, pienso que Ellacuría anduvo a “vueltas con Dios”. En palabras de la Escritura, pienso que “luchó con Dios”, como Jacob. Lo que creo que ocurrió años después es que monseñor Romero, sin proponérselo Ellacuría, le impulsó y le capacitó para ponerse activamente, y mantenerse, ante el misterio último de la realidad.

De monseñor le impresionó profundamente cómo se remitía a Dios, no solo en la reflexión y en la predicación, sino en la más profunda realidad de su vida. Dios era para monseñor absolutamente “real”, y Ellacuría vio que con ese Dios monseñor humanizaba a personas y traía salvación a la historia. La fe de monseñor Romero se le impuso a Ignacio Ellacuría como algo bueno y humanizante. Se alegraba de que monseñor fuese hombre de fe, y de que esa fe fuese contagiosa. Algo o mucho —en definitiva solo Dios lo sabe— pienso que le entró a Ellacuría. El misterio cobró novedad y cercanía.

Y ese Ellacuría mencionaba a “Dios” con toda naturalidad para dar fuerza a una idea, también cuando no tenía por qué hacerlo. En una dura crítica escribió: “todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que [...] se escucha en los sufrimientos como en las luchas de liberación del pueblo”.¹⁷ Y más allá de temas concretos, remitiéndose al pensar y sentir de monseñor Romero, Ellacuría hablaba con toda naturalidad de la “trascendencia”. Citamos un texto, significativo porque incluye muchos temas impor-

17 “Discernir el signo de los tiempos” en *Vida Nueva*, 1258-1259, 1980-1981, 35-36 y en *Diakonia*, 17, 1981, 57-59. Compilado en *Escritos teológicos* (t. 2). UCA Editores, 2000, 133-135. Algunos fragmentos fueron reproducidos con el título “El pueblo crucificado” en *Carta a las Iglesias*, 388, 1997.

tantes, que culmina con la trascendencia de Dios.

“Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de san Agustín que para ser hombre hay que ser ‘más’ que hombre. Para él, la historia que solo fuese humana, que solo pretendiera ser humana, pronto dejaría de serlo. Ni el hombre ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso no dejaba de llamar a la trascendencia. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios. La acción de Dios rompiendo los límites de lo humano”¹⁸.

Monseñor Romero vino a ser para Ellacuría como el rostro del misterio que asoma en nuestro mundo. Con exquisita delicadeza, monseñor le ofrecía aquello en lo que él era eximio y en lo que los demás somos mucho más limitados.

Un día en 1983, al regreso de su segundo exilio, estando refugiada la comunidad en Santa Tecla, Ellacuría presidió la eucaristía y nos habló del “Padre celestial”. No era lenguaje muy suyo, pero algo importante y bueno quería decir con estas palabras el Ellacuría cerebral y crítico. Pero también pasó por oscuridad. Nunca sentí que caía en desesperación, pues siempre se le ocurría cómo seguir trabajando, pero sí sentí en él un malestar personal. Las cosas no marchaban nada bien para el país, y Ellacuría no parecía sentir un asidero seguro en su lucha por el diálogo. Una vez me dijo, como de pasada, “solo queda la estética”.

Como monseñor, tomó en serio la posibilidad de una muerte violenta. No hablaba de eso, y ciertamente no para darse importancia. Pero era muy consciente de esa posibilidad. Conmigo habló alguna vez. Meses antes de su muerte, me dijo: “Ahora que trabajo por el diálogo y la negociación, mi vida corre más peligro que cuando me tenían por izquierdista y revolucionario”. Y en el mismo tono racional le oí decir: “Me han dicho que el

dolor de un disparo solo dura 20 segundos”. En medio de estas experiencias personales sobre el sentido y el sinsentido de la vida, Ellacuría siguió luchando.

El talante de constatar y desenmascarar la negatividad de la realidad le acompañó hasta el final de su vida. En su último discurso, el 6 de noviembre de 1989, al recoger en Barcelona el premio Comín, dijo: “nuestra civilización está gravemente enferma y [...] para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma”¹⁹. De ahí, la imperiosa necesidad de “revertir la historia”. Sin embargo, Ellacuría insistió también hasta el final en que en la negatividad puede haber principio de salvación. Escribió repetidas veces sobre la salvación que trae el siervo de Jahvé, “sufriente y destrozado”; los mártires “asesinados”, una iglesia de “pobres y oprimidos”. Y en el discurso de Barcelona, para sanar a la sociedad enferma se remitió a lo que está “abajo en la historia”. “Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”²⁰.

V

Una pregunta. Qué pensaría y qué haría hoy Ellacuría ante la pandemia

No lo sé, y me voy a explicar. Hace años le dije que sería bueno que él escribiese algo importante que pudiese cambiar en algo el modo de comprenderse y de actuar las universidades llevadas por los jesuitas en Estados Unidos. Me respondió que él no lo haría. Y la razón era que para decir algo eficaz para cambiar realidades de suma importancia hay que vivir y estar activamente en ellas. En El Salvador, muy seriamente inserto en la realidad, Ellacuría pudo conocerla y analizarla bien, proponer caminos adecuados de solución a los problemas y exigir a los miembros

18 “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”, en *Escritos teológicos* (t. 3), op. cit., 98-99.

19 “El desafío de las mayorías pobres” en *ECA*, 493-494, 1989, 1078.

20 *Ibid.*

de la UCA que pusiesen manos a la obra. Y también pudo formular con novedad, profundidad y agudeza expresiones que llegaban a lo más hondo de lo que estaba en cuestión. Ejemplos bien conocidos son “a sus órdenes, mi capital”, crítica, y “con monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”, admiración.

Pues bien, cuando se empezó a conocer mejor que había estallado la pandemia del covid-19, tengo muy presente que el 31 de marzo el secretario general de las Naciones Unidas, Antonio Guterres, advirtió: “el mundo enfrenta la crisis más grave desde la Segunda Guerra Mundial: una pandemia que provocará una recesión que probablemente no tiene paralelo en el pasado reciente”. Y al mencionar la Segunda Guerra Mundial tenía presente el horror de Auschwitz y de otros campos de concentración, bombardeos, millones de muertos. La pandemia que comenzaba iba ser muy muy grave. Desgraciadamente estaba en lo cierto.

Ellacuría no vivió esa crisis, ni las que vivió fueron de tal magnitud. Por eso he dicho que no sé qué diría hoy sobre la pandemia y qué hacer en ella y con ella. Sin embargo, algo podemos decir. En lo personal, pienso que no se precipitaría y no se apuntaría a cualquier visión y praxis poco seria. Creo también que reaccionaría con dureza intelectual ante estupideces notorias como las que hoy se escuchan incluso a personajes públicos conocidos, de quienes se esperaba más sensatez. Y ante esas estupideces es posible que le saliese alguna frase genial como las que acabo de mencionar.

Creo también que apoyaría ideas y exigencias sensatas de personajes influyentes, como el papa Francisco y el director de la Organización Mundial de la Salud. Y, dentro de sus posibilidades, cooperaría con todos aquellos y aquellas que tratan de aliviar los inmensos y dolorosos sufrimientos de muchos millones de seres humanos. Por todas aquellas personas que estos días arriesgan sus vidas por salvar a los apestados, sentiría veneración. Y ciertamente animaría a trabajar con total

entrega y sin descanso por lograr soluciones eficaces. A la UCA se lo exigiría.

Y ahora quiero mencionar algo por lo que tengo interés personal, y sobre lo que hoy no se oye hablar. Pienso que Ellacuría se preguntaría —no sé si en público, pero dudo que al menos no lo hiciese en privado— “qué hace y qué no hace Dios en esta pandemia”. Y sería raro que no le viniesen a la mente grandes catástrofes que causaron ingente destrucción y llevasen a pensadores serios a preguntarse por Dios. Ejemplo clásico es lo ocurrido tras el terremoto de Lisboa. No sé si y cómo Ellacuría se preguntaría por Dios en la pandemia de hoy. Pero no me parece inútil, al menos para mí, hacerse esa pregunta.

Dicho esto, me parece bien preguntarse qué de Ellacuría es útil en este tiempo de pandemia, Y me parece oportuno que en estas jornadas se aborde el tema “El análisis de la realidad histórica de la pandemia a la luz del pensamiento de Ellacuría”.

VI

Ellacuría, “una antorcha”

En el afiche de aniversario del año pasado, se decía de los mártires de la UCA que “llean de luz la historia”. Y está muy bien dicho. Yo prefiero hablar de ellos como “antorchas” antes que como “luz”. Una cosa es destapar la verdad enterrada vilmente con la mentira, y otra desentramar la verdad, atrapada por multitud de intereses que están dispuestos a todo para que la verdad no salga a la luz. Siguiendo con metáforas, para lo primero es necesario, y puede bastar, ser una especie de “lámpara” que ilumina. Para lo segundo es necesario ser “antorcha” que ilumine y que arda para mover el corazón y eliminar lo que impide ver.

Una antorcha surge con alguna persona de extremada lucidez en el juicio sobre cómo es y cómo está objetivamente la realidad, cómo hay que encargarse de ella, cómo hay que cargar con ella y cómo hay que dejarse cargar por ella. Entre nosotros, antorchas fueron el

padre Rutilio Grande y monseñor Romero. Antorcha fue Ignacio Ellacuría. Y, aunque de diversa forma, antorcha fue Rufina Amaya.

En sus últimos años, escuché a Ellacuría tres frases que lo mostraban con la lucidez y el vigor de una antorcha. Adecuadamente actualizadas, pueden ayudar combatir la pandemia. Las recuerdo muy brevemente.

“La necesidad de una tercera fuerza”.

Lo mencionó en una cátedra de realidad nacional. No gustó a la derecha, lo cual no era sorpresa, pero tampoco a varios de la izquierda, pues Ellacuría habría caído en tercerismo, en un tercer sistema entre socialismo y capitalismo. La tercera fuerza era, en verdad, una fuerza social en la que todos —al menos un grupo numeroso— estuvieran totalmente de acuerdo en una cosa: “ni un muerto más”. Lo que Ellacuría buscaba era acumular voluntades que quisieran que terminase la guerra y la muerte en el país, aunque cada quien pudiese mantener sus propias ideas y utopías. En lo personal, me pareció una idea genial, cosa típica de Ellacuría, y que mantuvo a pesar de las críticas. Y me llevó a pensar en lo que para monseñor Romero era lo peor que estaba sucediendo en el país: que los campesinos salvadoreños, además de morir, se matasen unos a otros por buscar las mismas cosas: sacar adelante a la familia.

“Hay que empujar el carro de la historia”. Varias veces pronunció esta metáfora para responder a la pregunta de lo que hay que hacer. Tal como la entendí, Ellacuría exigía una actitud humana —y cristiana— de la que debía estar transida cualquier actividad para cambiar y revertir la historia.

Para explicar mejor en qué consiste la metáfora, suelo parodiar sus términos de esta manera. El carro puede ser un carro normal, un carromato, casi nunca un Cadillac. Puede rodar por buenas “autopistas”, rara vez, o por caminos pedregosos o embarrados. Pero lo que hay que empujar es siempre el carro de la “historia real”, tal como la vivimos. Y a esa realidad no solo hay que conocer y juzgar, sino “empujar”. Y hay que empujar de atrás

para adelante, “con nuestras fuerzas” sea cual fuere el agotamiento propio. “Lo que no podemos dejar de hacer es empujar”.

“Salvar la civilización de la pobreza”.

Ellacuría estaba convencido de que un mundo configurado por la civilización de la riqueza, que se construye acumulando en beneficio propio y en que se disfruta gozando de lo acumulado, solo podrá ser salvado por una civilización de la pobreza. Desde 1980 a 1989, Ellacuría abordó el tema en cinco ocasiones. Admiradores de Ignacio Ellacuría, entre ellos Pedro Casaldáliga y González Faus, prefieren no usar el lenguaje de “civilización de la pobreza”, sino otro lenguaje en la línea de “civilización de la austeridad compartida”. Es comprensible. Sin embargo, Ellacuría nunca cambió el término “pobreza” para proclamar una civilización que salve y sane a una sociedad enferma de muerte.

A ese Ellacuría, caminante, con esas actitudes, convicciones y praxis, queriendo llevar a otros y sabiéndose llevado por otros, con monseñor Romero a la cabeza, le he llamado “antorcha”.

¿Cómo terminar? Voy a terminar con unas palabras de Ellacuría sobre Jon Cortina en un momento importante.

Mi gran amigo Jon Cortina se doctoró en ingeniería civil. Llegó a El Salvador a mediados de 1974. Vivió en la comunidad de mártires y enseñó en la UCA con brillantez. Con el asesinato del padre Grande, también él pasó por una “conversión”. Empezó a visitar a los campesinos y en sus últimos años se desvivió para encontrar a los niños que habían sido robados, a veces arrebatados de brazos de sus madres, por miembros del ejército oficial para venderlos a buen precio. Jon Cortina trabajó mucho para encontrarlos y fundó la institución Pro-Búsqueda, activa hasta el día de hoy en encontrar a niños y niñas robados, y con éxito. No tengo datos actuales exactos, pero a 18 años de su fundación había resuelto 377 casos. La alegría de sus papás ha sido inconmensurable. De ese Jon Cortina ya se han escrito textos de gente

que caminó con él. Jon siguió de profesor en la UCA, pero es fácil de comprender que no cumpliera con sus obligaciones a cabalidad. Ellacuría, el rector, estaba molesto.

Después de esta digresión termino. En una reunión de muchos jesuitas de todo Centroamérica, cada día, al comienzo de la eucaristía, un jesuita de uno de los seis países, explicaba la realidad de ese país en que él trabajaba. El día que tocó explicar la situación de El Salvador, los organizadores eligieron a Ellacuría para hablar del país. Ellacuría, desde un ambón, comenzó con estas palabras. “Para hablar de la realidad de El Salvador, no debería estar yo aquí, sino Jon Cortina”.

En las palabras de esta presentación han salido Ignacio Ellacuría, monseñor Romero, Pedro Casaldáliga, Jon Cortina y muchas otras personas. Me han hecho un gran bien. Mi deseo es que esas personas y muchas otras de este país mártir sigan haciendo el bien y revirtiendo la historia.

5 de enero de 2021
Santa Tecla, El Salvador